

# **Carmen Clara Balmaseda**

Donde se queman  
los hombres

**AdN**

Diseño de colección: SUMMA Branding

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Carmen Clara Balmaseda, 2024

Autora representada por la Agencia Literaria Editabundo, S. L.

© AdN Editorial (Grupo Anaya S. A.), 2024

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

[www.AdNovelas.com](http://www.AdNovelas.com)

ISBN: 978-84-10138-00-1

Depósito legal: M. 33.623-2023

Printed in Spain

*A Cándido*



## Prólogo

# Ríos de sangre

---

*Badajoz, 14-15 de agosto de 1936*

Por primera vez, José Antonio Expósito sintió miedo a morir. Nunca antes, ni siquiera cuando se vio obligado a alistarse en la Legión, había creído que conservar su vida fuera un asunto por el que debiera preocuparse en exceso; al fin y al cabo, ¿qué valor tenía la existencia de alguien como él? Su supervivencia solo resultaba relevante en tanto que pudiera suponer un servicio para el país. Aquella noche, sin embargo, no se creyó preparado para aceptar la llegada de una muerte que se oía próxima en el ra-ta-tá de las ametralladoras y se descubría certera en los cadáveres de los legionarios caídos. Un tenue destello en los ojos sin vida de sus compañeros auguraba un futuro que no tardaría en encontrarlo también a él. Fue entonces, al asomarse al vacío de las pupilas inexpressivas de los soldados, cuando sintió el terror horadándole las entrañas. Un terror hasta entonces desconocido.

Se dijo a sí mismo que no caería en batalla y se grabó esta idea a fuego en la mente, como si tuviera algún poder real para decidir sobre su destino y no fuera una simple cuestión de azar que las balas hubieran alcanzado a otros hombres y no a él. Aun así, necesitaba creer que no sería aquel el momento en que rendiría cuentas ante Dios por sus pecados ni tampoco el lugar en el que exhalaría su último aliento. No podía rendirse justo cuando había regresado a su ciudad natal, después de tantos meses aferrado a la

nostalgia. Al verse de nuevo en Badajoz, José Antonio Expósito anhelaba mantenerse con vida con la misma fuerza con la que había anhelado su tierra, la reclamaba como un derecho, como si pudiera ser merecedor de ella después de todos los cuerpos que había ido dejando a su paso al intentar entrar en su ciudad.

José Antonio tenía la sensación de llevar noches sin pegar ojo, aunque bien podrían haber sido años. Las imágenes de los días anteriores se sucedían sin orden alguno; la realidad y la ficción se habían difuminado en una nube de borrosos recuerdos. La Legión había avanzado desde Mérida, pasando por Talavera, hasta llegar a Badajoz, donde comenzó la batalla. El teniente coronel Juan Yagüe había dado la orden de tomar la ciudad por la mañana, pero José Antonio pertenecía a la decimosexta compañía de la IV bandera al mando del comandante José Vierna Trápaga y hasta la tarde no recibieron la orden de asaltar la puerta de la Trinidad. La altura de la muralla daba ventaja a los defensores. José Antonio se preguntó si lo que los guerreros antiguos sentían cuando, como él, asediaban una ciudad amurallada no sería ese heroico valor tantas veces alabado a lo largo de la historia, sino la resignación ante una muerte inminente, un miedo a morir que habían aceptado por costumbre y que siempre se interpretaba como valentía; el mismo miedo que se había apoderado de José Antonio y lo impulsaba a actuar con el único fin de ponerse a salvo.

El calor del plomo al pasar casi podía acariciarle el rostro. El siseo de la metralla se perdía siempre a su espalda y se apagaba al impactar contra sus compañeros. Entonces los gritos de dolor, los aullidos agónicos y el tartamudeo de los soldados al rezar se confundían con el sonido de las ametralladoras y el silbido de las balas; el olor a polvo y azufre se impregnaba del hierro de la sangre y del hedor de las vísceras. José Antonio se aferraba a su fusil como si así se aferrara también a la vida. Y miraba a un lado y a otro, incapaz de apartar la vista de los cuerpos de los hombres caídos en batalla, incapaz de entender por qué las balas le pasaban a él de largo para acertarles a ellos. De los noventa legionarios que participaron en ese primer asalto a la Puerta de la Trinidad, solo

sobrevivieron un capitán, el cabo Eusebio Vegas y doce soldados, entre los que se encontraba José Antonio Expósito. Ante aquel panorama, ¿cómo distinguir entre realidad y ficción? Se había pasado la tarde batallando por entrar en su propia ciudad, una ciudad que le negaba el paso. La mayor parte de su compañía había muerto en el intento, pero él logró sobrevivir. Era de locos.

La primera oleada de tropas rebeldes fue frenada, pero no se pudo evitar la apertura de una brecha en la puerta durante el segundo asalto, en el que los carros blindados prestaron su apoyo. Fue así como José Antonio Expósito logró, saltando sobre los cadáveres de sus compañeros, verse al fin dentro de la ciudad que lo había visto crecer. Una vez dentro, la bayoneta calada, comenzó el combate cuerpo a cuerpo. Al sur de la muralla, los soldados regulares también se habían abierto ya paso por la puerta de Carros y, ante la imposibilidad de frenar a los sublevados, a los defensores no les quedó más remedio que huir, perseguidos en todo momento por los legionarios y los regulares marroquíes, que cargaban contra todo aquel que se quedaba rezagado o trataba de rendirse. José Antonio nunca hubiera imaginado que en su ansiado regreso a Badajoz empuñaría un arma contra los que una vez fueron sus vecinos y amigos, pero el miedo a morir había tomado el control de su brazo y seguía a sus compañeros en aquella encarnizada lucha en la que matar era la única opción para asegurar la supervivencia. Así, enardecido por la adrenalina, nada más atravesar la Brecha de la Muerte, había arramplado con toda forma de vida que se cruzaba en su camino. No vaciló a la hora de apretar el gatillo. Había hecho gala de una espeluznante falta de humanidad al pasar por San Juan, saltando los cadáveres para no pisarlos, como solía saltar, en esa misma calle, los cuadros de la rayuela cuando era niño. Pero no era aquel, ni mucho menos, un juego infantil, sino una cacería en la que el objetivo era perseguir a los que sus superiores habían marcado como enemigos. Acató las órdenes de buen grado, sintiendo que realmente castigaba a un enemigo que amenazaba con arrancarle la vida y olvidando que aquellos a los que había señalado como rivales eran sus propios paisanos: persi-

guió a los hombres y les arrancó las mangas de la camisa en busca de la marca azulada que dejaba el fusil en el hombro al dispararse. A algunos incluso llegó a matarlos en el acto, sin comprobar siquiera si habían empuñado o no un arma contra ellos. También había hecho prisioneros a campesinos y civiles con la acusación de sus vecinos como única prueba irrefutable. Su mano no tembló a la hora de lanzar una de las muchas granadas que se arrojaron contra el teatro López de Ayala, último foco de resistencia, hasta verlo envuelto en llamas. Tampoco había movido un solo dedo al contemplar en primera persona a los soldados regulares marroquíes saqueando y profanando los cadáveres que se amontonaban en la plaza de España. Todo ello, siguiendo las declaraciones del carnicero de Badajoz como norte y guía: «¡Vamos a acabar de limpiar Extremadura!».

La noche, que había teñido de sangre las calles, dejó paso a los primeros rayos de sol y entonces José Antonio Expósito fue consciente de que había perdido la cuenta de las personas a las que había asesinado. Recordó la frase que tantas veces le habían repetido los veteranos: «Cuando no se pueden contar con los dedos de una mano las muertes de las que eres responsable, la vida comienza a carecer de valor. Matar se convierte en algo automático». Hasta ese momento, José Antonio los había creído a pies juntillas y se había convencido de que, llegado el momento, podría matar sin acusar después los remordimientos. Pero la noche en la que José Antonio fue partícipe en el asedio a su propia ciudad, comprendió que esa premisa solo le resultaría válida cuando las personas que tuviera enfrente no fueran sus vecinos y amigos. Así, una vez pasado el fragor de la batalla, le inundó la certeza de que, aunque lograra escapar del asalto con vida, la muerte lo perseguiría allá adonde fuera. Lo acecharía sin descanso, como la verdad persigue al embustero, como las pesadillas acorralan la mente intranquila, como la culpa hostiga al espíritu atormentado.

Con la llegada del nuevo día, José Antonio había sido enviado al pelotón de fusilamiento, frente a las paredes del cementerio, donde tenían órdenes de ejecutar a los condenados a muerte que

traían en camión desde la plaza de toros y después apilaban en hileras para prenderles fuego con gasolina. En realidad, aquello era más de lo mismo: matar y, después, seguir matando. Pero apretar el gatillo con el cuerpo rebosante de adrenalina, con la ira propia de aquel que ha visto morir a sus compañeros, presa del miedo a ser el siguiente, era una cosa, y asesinar a sangre fría una vez pasado el ardor de la batalla, otra muy distinta. José Antonio lo sabía y por eso su mayor impulso era el de soltar el fusil, finiquitar la barbarie y salir corriendo en dirección contraria, pero las órdenes del teniente coronel Yagüe eran muy claras: matar a todo aquel que hubiera empuñado un arma contra ellos. No podían hacer prisioneros. Tenían que seguir con el avance hasta Madrid.

José Antonio Expósito no tardó en comprender que lo único a lo que podía aspirar era a que los condenados no lo reconocieran cuando los hicieran situarse en fila en el paredón de fusilamiento. Así, el anonimato se convirtió en una obsesión y trató de ocultarse entre los demás legionarios en busca de una seguridad que había perdido con la llegada del amanecer. El miedo a morir había desaparecido por fin, pero en su lugar le había invadido un temor aún peor y del que nunca sería capaz de desprenderse: el temor a ser reconocido y proclamado culpable de una matanza que la historia no olvidaría. La culpa... Sí, la culpa era la nueva compañera de vida que había encontrado entre las ruinas de la ciudad.

Se frotó los ojos con nerviosismo. Hacía horas que su única misión consistía en esperar a que llegara el siguiente grupo que ejecutar frente a la pared del cementerio y, poco a poco, su mente terminaba de cobrar lucidez. La sensación de irrealidad que acusaba por la falta de sueño se desvanecía lentamente en favor de los remordimientos. Las imágenes de las últimas horas iban cobrando peso en su conciencia. Pensó en sí mismo. En ese chiquillo solitario y asustado que en su día solo supo tomar malas decisiones. ¿Qué habría ocurrido si hubiera aceptado la condición de su familia? ¿Si en vez de delinquir hubiera buscado una salida? ¿Si su padre no lo hubiera abandonado antes de nacer y su madre no hubiera muerto antes de tiempo? Tal vez, si el hambre no hubiera

apretado tanto..., ¿estaría él también en el paredón de fusilamiento? ¿Sería uno de los cadáveres que se amontonaban frente a la catedral? ¿Sería su sangre la que bajaría por la calle del Obispo? Su familia nunca se había manifestado en favor del bando republicano, pero ¿acaso eso importaba? ¿A cuántos habían hecho prisioneros por meras acusaciones de cuestionable credibilidad? Incluso al hijo de Vega Cornejo, guardiacivil de reconocido prestigio en la ciudad, lo habían fusilado aquella misma mañana junto a su padre, a pesar de no haberse mostrado contrarios a los sublevados. Nadie estaba a salvo, y pensó que, por una vez, no le vendría mal estar en el bando ganador, aunque fuera a costa de asediar su ciudad.

En realidad, no podía evitar sentir que todo aquello no era sino una cruel broma del destino. Desde el momento en el que había ingresado en la Legión, había estado contando los días para regresar y empezar de cero. Nunca habría imaginado que aquel sería el escenario que acogería su llegada. Ahora todo en Badajoz parecía diferente, como si los años transcurridos antes de la matanza no hubieran existido nunca, como si él fuera un forastero que llega por primera vez a una ciudad desconocida. Después de la batalla, lo único que Badajoz dejaría a la historia sería el recuerdo de los ríos de sangre que corrían caudalosos por la ciudad. Y él... Él sería señalado como responsable.

Miró de soslayo a su amigo, vecino y compañero, el cabo Eusebio Vegas, y se preguntó si él también se sentiría como un extraño en su propia tierra. Pero Eusebio, fusil en mano, parecía sentirse cómodo entre el pelotón de fusilamiento. Él siempre quiso esa vida, eligió la Legión frente al servicio militar obligatorio por voluntad propia. Provenía de una estirpe en la que era costumbre que los varones hicieran carrera en el Ejército o en la Guardia Civil. Desde pequeño, su única aspiración había consistido en formar parte de la Benemérita y en aquel momento portaba el uniforme con más orgullo que nunca. La noche anterior había participado en la liberación de los guardiaciviles del cuartel de San Agustín, entre los que se encontraba su padre. José Antonio

había sido testigo del reencuentro entre padre e hijo. Había observado, desde lejos, el abrazo entre ambos, la forma en que los ojos del sargento Vegas rebosaban satisfacción al saberlo partícipe de su rescate. Al fin, su amigo había logrado la aprobación paternal a la que siempre había aspirado, y eso lo había ayudado a reforzarse en la creencia de que asaltar su ciudad, a pesar de todo, no podía ser tan malo. Estaba haciendo lo correcto, luchaba por una España mejor, y asaltar la que hasta hacía poco había sido su casa era un precio muy bajo que pagar por ello. Todas sus dudas —si es que las había tenido alguna vez— se habían disipado al reencontrarse con su padre. Y esa era la principal diferencia entre ellos: Eusebio Vegas llegaba a su ciudad arropado por su familia. José Antonio estaba solo.

Parecía evidente que no había lugar para las comparaciones entre ambos: él se limitaba a observar con recelo, como un mero espectador, lo que otros tenían y él tanto anhelaba. Se había resignado ante la convicción de que la familia era un privilegio que le estaba vetado. ¿O quizá no? Tal vez era posible. Tal vez algún día, si sobrevivía a la guerra, cuando acabara los años de servicio en la Legión, podría volver a Badajoz y formar su propia familia, casarse y tener hijos. Eso era lo único que deseaba: un hogar al que regresar cada día, una familia a la que querer y de la que recibir el mismo trato. Pero tal vez era pedir demasiado para alguien como él. Tal vez, después de haber tomado parte activa en la que posteriormente sería conocida como la matanza de Badajoz, después de no haber mostrado compasión durante el asalto, de haber fusilado al pie del altar de la catedral a los últimos milicianos refugiados, después de esperar junto a las paredes del cementerio la llegada de los presos para poner fin a su vida; tal vez, después de todo lo que había hecho, nunca volvería a ser bien recibido en su ciudad. ¿Serían capaces de perdonarlo? ¿Sería capaz de perdonarlos él a ellos? Al fin y al cabo, habían apuntado con las ametralladoras en dirección a él durante el asalto a la puerta de la Trinidad y habían matado a sus compañeros y amigos. Eran ellos los que le habían dado la espalda, los que lo habían acusado de delincuente

ante las autoridades, los que le habían hecho sentir la vergüenza que traía consigo su apellido, los que lo arrastraron con su indiferencia a la Legión. Eran ellos los artífices de que él luchara junto a los sublevados en la toma de la ciudad extremeña. O, al menos, trataba de convencerse de ello, pero aquellas justificaciones no hacían sino sumirlo en un juego de contradicciones.

José Antonio Expósito tiró el cigarrillo al suelo y lo apagó con el pie. Ya comenzaba a oírse a lo lejos la llegada de los camiones con los prisioneros. Agarró el fusil y sintió cómo se le resbalaba de las manos, temblorosas. Buscó con la mirada a su amigo Eusebio. Él era lo más parecido a un hermano que había tenido nunca y en aquel momento necesitaba a alguien que le diera el apoyo, la comprensión y la fuerza suficientes para seguir con las ejecuciones. Él, lejos de responder a sus verdaderas necesidades, se limitó a ofrecerle una sonrisa. «Claro —pensó—. Eusebio lleva toda la vida preparándose para esto. Es su gran momento y está arropado por su propio padre. Seguramente la emoción de ver cumplida la ilusión con la que soñaba desde niño le impide ver que él también está aniquilando su propia tierra.» José Antonio se obligó a resistir, mientras se repetía a sí mismo que un día acabaría esa pesadilla y que tendría una vida normal, que sobreviviría y regresaría a su ciudad en unas condiciones más favorables. Solo las remotas esperanzas de un futuro mejor le daban fuerzas para continuar aferrado al fusil.

El camión con los prisioneros hizo por fin acto de presencia y José Antonio volvió a buscar refugio entre el grupo de legionarios. De entre los que bajaron creyó distinguir a uno: era Fermín Santos, el hijo del panadero. Recordó que de pequeños solían jugar juntos en la plaza y se le encogió el estómago. Era un muchacho de su edad, quizá no habría cumplido aún los veinte. ¿Qué podría haber hecho alguien tan joven para merecer un destino tan terrible? Entonces se percató de que su camisa rota dejaba al descubierto la marca del fusil. ¿Acaso un leve morado en el hombro era suficiente para merecer un puesto en el paredón de fusilamiento?

Expósito agachó la cabeza. El terror a ser reconocido era cada vez más fuerte. El sargento estaba a punto de dar la orden, así que cargó el fusil y apuntó a los condenados a muerte. Dejó caer los párpados por instinto. No podía matar a quien había sido su amigo, al hijo de alguien que le había ofrecido techo y comida cuando pasaba hambre, y mirarlo a los ojos al mismo tiempo. Tampoco podía negarse. La deserción no era sino el desvanecimiento de todas sus aspiraciones. Dispararía contra el pelotón, pero nadie podría obligarlo a que fuera él quien le diera a Fermín. No había tiempo para los remordimientos. El sargento acababa de dar la orden. José Antonio Expósito apretó el gatillo a ciegas.

\*\*\*

*Badajoz, mayo de 1950*

Hacía ya mucho tiempo que José Antonio Expósito se había reconciliado con Dios. No solo por haberle permitido sobrevivir a la guerra, sino también por bendecirlo con la vida que tanto había deseado. Cumplido su tiempo de servicio en la Legión, José Antonio regresó a su ciudad natal y, unos años después, contrajo matrimonio con una joven de la ciudad. Carmen Blanco se llamaba. Aquel matrimonio suponía mucho más de lo que él jamás pensó que merecía. Ella lo cuidaba y le había dado dos maravillosos hijos: Julián, el mayor, y Miguel, que había nacido a principios de año. José Antonio la quería con toda su alma porque ella había hecho realidad los anhelos que un día se le antojaron ilusorios. Para alguien como él, conseguir una esposa, una familia y una posición social solo podía ocurrir por obra divina, así que desde hacía años todos los domingos, sin excepción, acudía a la iglesia.

Como cada semana, José Antonio se reunió con Eusebio Vegas y su esposa Concha en la entrada de la catedral de San Juan Bautista. Julián corrió hacia Gonzalo, el hijo mayor del matrimonio Vegas, nada más verlo. A pesar de los casi tres años de diferencia que había entre ellos, eran inseparables. Habían crecido juntos,

pues la guerra había forjado entre sus padres una amistad que poco tenía que envidiar a los lazos de sangre. Sendas familias se habían instalado en Badajoz y todos los domingos, después de misa, se reunían para dar un paseo o tomar algo en el casino; algunos días especiales, incluso se permitían el lujo de comer allí.

Eusebio Vegas se había alistado en la División Azul poco después de la guerra. A su vuelta, ingresó en la Guardia Civil y en poco tiempo, digno sucesor de su padre, ascendió a cabo primero. En cuanto a José Antonio Expósito, había obtenido un buen puesto en la administración pública, en buena medida gracias a sus méritos de guerra, sin olvidar la ayuda que le había proporcionado la influencia del padre de su amigo Eusebio. «Seguro que nadie en esta ciudad hubiera creído que tendría un futuro», solía pensar con orgullo.

Echó un vistazo a su alrededor: la muchedumbre se agrupaba en torno a la puerta de la catedral, sus hijos jugaban en la plaza. Se henchía de orgullo al sentirse integrado entre la gente de provecho de la ciudad. Se había convertido en la envidia de quienes un día lo despreciaron por su apellido. Al menos, intentaba convencerse de que era ese el motivo por el que, de vez en cuando, la mirada de la gente apuntaba en su dirección, aunque, en el fondo, seguía padeciendo un miedo irracional a ser reconocido como uno de los asesinos de la batalla más cruenta que jamás había vivido la ciudad. Casi quince años habían pasado desde la batalla de Badajoz. Tres años de guerra y más de una década de dictadura habían servido para limpiar el país de rojos. La mayoría de las personas que estaban allí verían a José Antonio como un héroe y, los que no, si se habían resistido a olvidar, cuando menos estaban obligados a permanecer callados. Ese era el argumento que se repetía cuando no podía mantener a raya los demonios de la culpa.

Miró a Eusebio por el rabillo del ojo, que charlaba con su esposa, Concepción, y con Carmen, y sintió una punzada de envidia. Parecía inmune a los remordimientos que a él lo seguían atormentado tanto tiempo después. Se mostraba altivo y despreocupado,

orgullosa de haber contribuido a limpiar la ciudad, emocionado ante la prometedora carrera que le aguardaba en la Benemérita. José Antonio Expósito, en cambio, había tocado techo. Un techo en el que se sentía cómodo, sí, pero del que sabía que podía caer en cualquier momento.

Carmen se acercó y le pidió que sujetara al pequeño Miguel. Él, obediente, lo cogió en brazos mientras ella corría para auxiliar a su hijo mayor, que se había caído mientras jugaba con Gonzalo y reclamaba entre lágrimas la atención de su madre. Contempló el rostro de su hijo y sonrió. Habría tiempo para cuestionar la moralidad de sus actos en el pasado y si era o no merecedor de todo lo que había conseguido; en aquel momento, se sentía afortunado de estar con su familia, una familia entre cuyos miembros incluía a los Vegas. Y, absorto en esa felicidad, José Antonio Expósito no se percató de la presencia del hombre con la pistola.

Mientras él charlaba distraído con Eusebio, el hombre, con la mirada fija en su objetivo, se deslizaba sinuoso entre el gentío. Si alguien hubiera reparado en él, se habría dado cuenta enseguida de sus intenciones. Pero nadie llegó a advertir su presencia. Nadie, salvo una persona. Carmen, cuyo instinto maternal la había llevado a vigilar de soslayo a su otro hijo mientras atendía la herida de Julián, lo había visto. En ese instante, un fogonazo de terror iluminó su mente y supo que su hijo corría peligro.

José, sin embargo, no fue consciente de la amenaza hasta que el hombre estuvo situado frente a él, apuntándolo con su arma. No dudó a la hora de apretar el gatillo, como tampoco había dudado José Antonio aquella noche de agosto quince años atrás. Mientras Expósito se volvía de forma instintiva para cubrir con su cuerpo al bebé, notó un fuerte golpe en el costado que lo derribó. Se dio cuenta de que había esquivado la bala gracias a la caída. Se cercioró de que su hijo se encontraba bien, alzó la cabeza y buscó con la mirada al artífice del empujón. Hubiera apostado, sin dudar un instante, que había sido Eusebio Vegas el que lo había salvado de recibir el disparo, pero también a él le faltó tiempo para reaccionar cuando apareció el hombre con la pistola. Vio en-

tonces a su esposa tendida sobre el asfalto a pocos metros de él, con las manos sobre la herida y una expresión interrogante reflejada en sus ojos marrones, y supo que era ella quien se había interpuesto entre él y la bala. El asesino también se mostraba desconcertado tras errar el tiro y acertarle a una mujer inocente. Tal vez fue encontrarse de improvisto en un escenario que no había contemplado en sus planes lo que le impulsó a soltar el arma y salir corriendo sin consumir su verdadero propósito: matar a José Antonio Expósito.

No corrió tras el criminal, sino que acudió en ayuda de su esposa. Se agachó junto a ella y le prometió que todo saldría bien y que la llevaría en brazos al hospital si era necesario, pero no podría cumplir ninguna de las dos promesas, pues apenas unos segundos después el corazón de Carmen dejó de latir. Apretó los puños con fuerza y lanzó un grito de rabia al vacío. Deseó que al menos su amigo Eusebio, digno merecedor de su cargo en la Benemérita, atrapara al asesino y lo llevara esposado al cuartel para darle su merecido. Pero José Antonio Expósito recordaría siempre la decepción que le supuso ver a su amigo agachado junto a él, con la mano sobre la herida de Carmen. No había perseguido al asesino, se había quedado paralizado, exactamente igual que él. Como habría hecho cualquier otro. Sus miradas se encontraron y por primera vez vio en los ojos de su amigo a una persona de carne y hueso, tan humana e imperfecta como las demás, nada que tuviera que ver con la imagen que ya por aquel entonces empezaba a proyectar el cabo Eusebio Vegas. Este, al reparar en la decepción que destilaba el silencio de José, se zafó del estupor, se levantó de un salto y se dispuso a actuar en consecuencia con lo que se esperaba de él. Pero ya era tarde. El asesino de Carmen Blanco se encontraba ya muy lejos de allí.

Aún con Miguel entre los brazos, José Antonio levantó el cuerpo de su esposa y lo apoyó sobre sus rodillas. Allí, en la plaza de España, el lugar en que él había matado a tantas personas, moría también asesinada la madre de sus hijos. La sangre de su esposa corría por la misma calle por la que casi quince años antes había

corrido la de las víctimas de la matanza. El mismo lugar en el que un joven José Antonio Expósito, legionario de la decimosexta compañía de la IV bandera, se había atrevido un día a soñar con una vida mejor, acogía el momento exacto en el que esos sueños se desvanecían para siempre entre los ríos de sangre que emanaban del cuerpo sin vida de su esposa.